

posiciones, tomando posición neta no sólo frente al individualismo y al colectivismo, a los que critica decididamente, sino también ante ese planteamiento filosófico más de fondo que es el utilitarismo. Quién esté dedicado a las cuestiones filosóficas y teológicas puede echar de menos un mayor desarrollo de esas reflexiones críticas. Donald Hay prefiere en cambio un acercamiento a las cuestiones que podríamos tal vez calificar de prácticas o resolutorias; al confrontar con la ética cristiana los diversos planteamientos o sistemas, apunta en ocasiones a perspectivas de fondo, pero de ordinario opta por señalar más bien las concordancias u oposiciones sobre propuestas o conclusiones concretas, sin entrar a analizar los presupuestos en las que esas conclusiones o propuestas derivan. Pueden influir en ello su temperamento o, quizás, su deseo de dar vida a un libro dirigido no sólo a filósofos y teólogos, sino también a economistas. En todo caso —o quizás más bien por eso— su obra constituye un estímulo eficaz para el diálogo entre teología cristiana y doctrinas económicas.

J. L. ILLANES.

Carlo CAFFARRA, *Vida en Cristo*, ed. Eunsa («Colección Teológica», 61), Pamplona 1988, 236 pp., 24 x 15,5.

El original italiano de esta obra de Carlo Caffarra apareció en 1981. Los años transcurridos desde esa fecha hasta la edición de la traducción al castellano no han hecho decrecer su actualidad: se trata, en efecto, de una obra particularmente significativa en el proceso —constantemente en curso, pero especialmente activo en nuestros días— de renovación de la teología moral.

El libro se divide en tres partes:

a) La primera, que aspira a señalar «El principio fundamental de la ética cristiana», nos sitúa ante el núcleo central en la verdad cristiana. La realidad del cristiano como ser que, incorporado a la vida de Cristo, se encamina, bajo la acción del Espíritu Santo, hacia la comunión con Dios Padre (pp. 19-66).

b) La segunda —«Vivientes en Cristo en la historia»— se ocupa de los criterios o puntos de referencia que permiten orientar el actuar a fin de que la vida recibida de Cristo puede desplegarse en el existir concreto, es decir, de la norma moral, y de la conciencia (pp. 70-131).

c) La tercera y última —«La realización de la vida en Cristo»— trata de la efectiva plasmación en las obras de ese ideal, y por tanto de la libertad, del acto moralmente bueno, del pecado, y de la conversión, (pp. 135-207), para terminar con un breve capítulo sobre los diez mandamientos en cuanto síntesis del contenido material de la ética cristiana (pp. 210-228).

Como puede advertirse, la obra se ocupa de los temas usuales en todo tratado de moral fundamental, insertándolos —y en esto consiste su interés— en un contexto cristológico, personalista y espiritual.

Esos son efectos de las coordenadas a partir de los cuales el profesor Caffarra, intenta la renovación a la reflexión teológica-moral.

Cristocentrismo, ante todo. Caffarra acepta plenamente lo que se ha dado en llamar cristocentrismo objetivo; toda realidad, según el designio de Dios, está referida a Cristo y deber ser juzgada y valorada desde El. La teología moral, no debe, pues, estructurarse partiendo de un análisis meramente fenomenológico o filosófico de la moralidad, para en un segundo momento, incorporar los datos evangélicos, sino, al contrario, situarse, desde el primer momento, ante el misterio de la comunicación de Dios en y por Cristo para, desde ahí, considerar el acto moral y poner de manifiesto todas sus implicaciones. Ni que decir tiene que la afirmación del cristocentrismo no equivale —ni en sí misma ni en el profesor Caffarra— a un fideísmo o a un positivismo de la revelación: la experiencia ética y la reflexión filosófica tienen un lugar, y un lugar importante, en la obra de Caffarra en cuanto momentos de un conocimiento de la moralidad, que encuentra en Cristo su plena clarificación y fundamentación.

La revelación del designio salvador de Dios implica la revelación del valor del hombre, en cuanto receptor del amor divino. La conciencia de dignidad de la persona humana, a la que todo hombre accede, en uno u otro grado, en su experiencia ordinaria, es reafirmada y potenciada por la fe cristiana. El personalismo accede así a una posición de primer plano. Caffarra lo formula con palabras netas: «el valor moral es la cualidad o perfección inherente al obrar humano cuando éste es conforme a la dignidad de la persona humana» (p. 59). Hay moralidad porque el hombre es persona, no puro medio en relación a un fin, sino ser que posee valor en sí mismo: la moralidad, el valor absoluto y no meramente pragmático del acto moral, es reflejo del valor de la persona. Sin olvidar, claro está, que la persona deber ser aquí entendida en la plenitud de su concepto, y por tanto como ser abierto, que se realiza en la comunicación y, en última instancia, en la comunicación con Dios; de ahí que la conciencia de

los valores morales implique, junto a la afirmación de la dignidad de la persona humana, la percepción de su referencia a uno u otro de los ámbitos de la realidad. La persona humana está connotada en toda afirmación del valor, pero no es la fuente del valor, el valor le es ofrecido, está llamado a reconocerlo y a realizarlo, realizándose así también a sí misma.

La comprensión de la vida moral como proceso de la realización de la persona a través de su progresiva radicación en el valor conduce, de forma directa, a la espiritualidad. El actuar moral ha de estar rituado constantemente en el horizonte de la plenitud, es decir, del pleno desarrollo de la vida que se incoa con el primer encuentro con Cristo, y cuya culminación se alcanza en lo que Caffarra denomina «el asentimiento contemplativo»: el sí dado a los valores morales que se hace, en efecto, pleno cuando desemboca en una honda y sentida unión con Dios, fundamento de todo valor. Teología moral y teología espiritual se reclaman y complementan.

Estas son, en síntesis, las coordenadas que rigen al intento teológico-moral de Carlo Caffarra, que retoma en ese contexto y con ese enfoque prácticamente la totalidad de la temática habitual de los tratados clásicos de moral fundamental. Esa unidad entre clasicismo y renovación es precisamente lo que hace que la obra que comentamos sea, según decíamos al principio, extremadamente significativa en la coyuntura teológica contemporánea. El propio Caffarra, en la breve nota previa con que presenta la obra, advierte que aspira a ofrecer no un tratado sino una presentación sintética de la ética cristiana; así es de hecho y esto explica que en ocasiones, proceda de forma esquemática, esbozando consideraciones que se desearía poder seguir más detenidamente. Confiemos en que el tiempo le permita continuar la tarea hasta entregarnos una exposición, no ya sintética, sino desarrollada.

J. L. ILLANES.

R. RINCÓN ORDUÑA - G. MORA BARTRÉS - E. LÓPEZ AZPITARTE, *Praxis cristiana. 1: Fundamentación*, 4ª ed., Eds. Paulinas, Madrid 1989, 474 pp., 14 x 21,5.

1. Una ojedada rápida a las revistas y publicaciones sobre Teología Moral es suficiente para advertir enseguida que son ya numerosos los esfuerzos realizados para llevar a la práctica los afanes de renovación en esa disciplina pedidos por el Concilio Vaticano II. Y, aunque como era de es-